



Educación, Cultura y Subdesarrollo.

Reflexiones de un Discurso *-acaso elemental-* para la Discusión Fundamental.

Héctor José Sarmiento Ramírez
Universidad de Manizales.

HECTOR JOSE SARMIENTO R.

Con mayor frecuencia de lo que se piensa, la educación es destacada como la dinámica social más importante para la transmisión del acumulado cultural de los pueblos; no obstante deba señalarse que también ha sido la educación *-en ciertos contextos-* el elemento determinante de fenómenos de barbarie, pobreza y atraso. Hoy, resulta inútil reincidir en los ataques a la universidad colombiana por su reiterado divorcio de la realidad nacional, por cuanto cada vez que se profundiza en el tema, el círculo de los culpables se va cerrando en torno a la misma comunidad universitaria.

Cabría pensar entonces, que no es posible abrir una discusión de juicio sobre el estancamiento académico y la ausencia de la universidad de los espacios esenciales de la vida nacional, por cuanto todos *-directivos, docentes y estudiantes-* son responsables de esa situación; pero si se tiene en cuenta que no hay un auténtico y marcado interés superior por remediar de facto las falencias detectadas, es claro que lo único que queda por hacer frente a la convalecencia universitaria, es actuar, y hacerlo con toda la energía y dinamismo que posee la gente joven de este país.

Una vieja historia.

Hace casi mil años, en lo profundo de la Selva Negra alemana,

vio la luz la Universidad de Heidelberg, como primer ejemplo de lo que hoy conocemos como tal. Vendrían casi como consecuencia natural, las Universidades de Bologna (primera reconocida por el papado) y Gottinghem; y de esta última, una máxima de grata recordación para el resto de la humanidad: *"No habéis venido a la Universidad a rendirle culto al conocimiento, sino a ponerle en tela de juicio!"*

A la luz de esta sentencia, se ha movido el desarrollo del conocimiento durante nueve siglos; tras la guía de este espíritu inquieto y cuestionador, han marchado literatos, científicos y artistas; y con el recuerdo perenne de estas palabras inmortalizadas en un portal de piedra, se pretende retomar el rumbo de nuestros destinos, ese rumbo que hemos perdido en aras del facilismo y la mediocridad, en culto a nuestra personalidad y a las vanidades de nuestro tiempo, y quizás en desaire a los más recónditos anhelos de nuestra propia grandeza.

Desde siempre, la educación ha sido considerada como un arma política cuya posesión da el poder para manejar las naciones y cambiar el curso de la historia. Clara prueba de ello es que en todas las etapas de la vida moderna, la educación ha sido administrada por quienes han



detentado el poder político y han orientado su desarrollo a favorecer su propio establecimiento.

No de otra manera se explica que las primeras universidades creadas en América Latina fueran propiedad de la iglesia católica, cuyo poder político alcanzaba y superaba al de la Corona, y por tanto, estaban destinadas a perpetuar las prerrogativas sociales y económicas del clero romano y de las monarquías de los Habsburgo, Borbón y Braganza en nuestro medio. El paso a las estructuras de la República, no significó una liberación para la Universidad, pues siguió irremediamente atada -hasta muy entrado el siglo XX- a la vieja retórica clerical de dominicos y jesuitas, y permaneció al servicio de la nueva clase dirigente del país, para defender desde las aulas, sus intereses y los de aquella conspiración *non sancta* que desde comienzos de la colonia se gestó entre esa iglesia, anacrónica e inquisidora y el nuevo Estado, paquidémico y alcaballero.

Sin que exista un interés por demeritar el papel de la iglesia en el desarrollo de la educación universitaria en Colombia, es necesario recordar que ha sido precisamente la herencia religiosa ibérica, la que ha marcado la diferencia entre los modelos de crecimiento educativo, social y económico de los países latinoamericanos y los anglosajones. Desde el comienzo mismo de la empresa militar de conquista, sometimiento y colonización de los pueblos amerindios, se marcaron los derroteros para que el surgimiento de las naciones americanas se diera en

torno a muy diferentes elementos. Mientras en América Latina españoles y portugueses conquistaban y saqueaban en nombre de un Dios Todopoderoso, con miras a enriquecer decadentes monarquías subyugadas por la égida del papado; en el norte, ingleses, franceses y holandeses hacían lo mismo, pero en nombre de los Tudor, Estuardo, Orange, Valois, Orleáns y Hohenstaufen, monarquías ambiciosas y empresas de marcado interés económico, a las que era necesario fortalecer a través de una presencia altamente productiva en los nuevos territorios conquistados.

España y Portugal erigieron siempre en cada lugar conquistado, como primer bastión físico de su poderío, una iglesia destinada en cada día de la semana, al culto y defensa de la fe católica romana, aunque el pueblo, cada vez más grande y más pobre, permaneciera durante siglos, marginado de las bondades del saber y de la ciencia. Los anglosajones en cambio, levantaron en cada sitio, una escuela para que fuera la educación de sus hijos, lo que perpetuara su poder en esta nueva tierra, y sólo los domingos, la escuela servía de iglesia, porque entendían que Dios no necesita una legión de sabios, pero tampoco quiere una nación de esclavos.

En el medio latino, el horizonte de nuestros paisajes aldeanos está siempre coronado por las cúpulas de iglesias y conventos, mientras en el norte lo hacen las insomnes chimeneas de las fábricas y así pues, mientras nosotros perdimos la mayor parte de nuestra vida republicana

en guerras intestinas y en expiar nuestros pecados en los confesionarios, los norteamericanos y canadienses invirtieron los primeros cien años de su libertad, en educar para la paz, producir para el progreso y enriquecerse para alcanzar el poderío internacional.

Quinientos años después del desembarco, las diferencias no ameritan ningún comentario.

Los Fantasmas del Subdesarrollo.

Merece especial atención el hecho de cómo hemos surgido como Nación y "qué hemos hecho" para merecer la pobreza y el marginamiento. Es inútil "llorar sobre la leche derramada", pero es necesario recordar que España y Portugal no sólo trasladaron a América sus lenguas y su fe, sino también su atraso e improductividad comparativa, pues debe saberse que desde siempre, estos países tuvieron un criterio consumista y pseudofeudal de sus economías, que nunca les permitió ver más allá de los Pirineos y que si bien llegaron a poseer el 70% del mundo habitado y todas las condiciones para perpetuar su poderío económico, siempre creyeron que sus colonias eran fuente natural e inagotable de abastecimiento para una metrópoli holgazana y corrupta, y hasta llegaron a pensar que su riqueza era tal, que si *no se ponía el sol en sus dominios*, tampoco tendría fin el caudal de oro que abarrotaba sus arcas.

La historia se encargó tempranamente de situar a nuestra *madre patria* en la zaga de Europa y le ha dado una lección de "desarrollismo" que ha



tardado doscientos años, tres guerras y dos dictaduras en asimilar. A esta altura de la discusión, es claro que fue su concepción teogónica del Estado lo que favoreció como en ningún país del viejo mundo, el florecimiento de las artes y el desvanecimiento del saber científico, y que la causa fundamental del rezago ibérico en todos los campos de la ciencia y la tecnología, se debe en rigor, a la ausencia -casi total- de un esquema de pensamiento en función del desarrollo. América Latina no podía heredar más que una vocación similar, y por ello es lógico pensar que si no hay quien enseñe, es imposible que alguien aprenda.

La sombra fantasmagórica del subdesarrollo ha volado hasta nuestro tiempo y se ha instalado en el cómodo nido de las aulas universitarias, donde ha encontrado todos los elementos necesarios para vivir y reproducirse. La Universidad no soluciona porque no produce, no produce porque no investiga y no investiga porque siempre ha vivido a expensas de lo que otros han construido. La "zanganería académica" de nuestro medio ha llegado a un extremo tal que ha marginado al país de las más elementales opciones de desarrollo social y en muchos aspectos de la vida nacional, nuestros logros no superan los de naciones más pobres y con menos recursos.

Un país rico de gente pobre.

Se ha hecho lugar común que nos quejemos de la pobreza y hemos olvidado que somos uno de los países más ricos del

mundo. La naturaleza ha sido tan pródiga y generosa, que nos dotó con todos los recursos para encumbrarnos como una nación líder del desarrollo de América; tenemos una amalgama racial única y maravillosa, que nos ha permitido reunir en un solo pueblo, la pureza y sapiencia ancestral indígena; la fortaleza y plasticidad africana, y la aventurera cultura hispánica; matizado todo esto, por los elementos etnoculturales de orientales, judíos, sajones, eslavos, árabes y gitanos, que han amasado con toda su magia y su colorido, el orgullo de ser colombianos.

Pero somos un país rico, lleno de gente pobre.

Somos motivo de envidia para Japón, un país superpoblado de escaso territorio, cuyas fuentes de agua se esfuman, donde el suelo está agotado y donde no hay más riqueza que el mar y el conocimiento, desarrollado y celosamente valorado por su pueblo.

Europa es un continente anciano, que respira un aire ya muchas veces reciclado; que agotó la riqueza de su suelo y envenenó sus mares en su afán de riqueza y que ahora se aferra a lo único que ha podido mantener y robustecer a través de los siglos: el conocimiento.

Estados Unidos se ha convertido en un imperio del dinero, que lo compra todo menos la felicidad y ha perdido identidad hasta convertirse en una cultura enajenada y decadente, azotada por los vicios del consumismo, y empeñada -para fortuna suya- en salvar la educación y el cono-

cimiento que un día la pusieron a la cabeza de los pueblos del mundo.

Y es que el mundo está manejado por países pobres, llenos de gente rica.

Al observar este panorama, podría pensarse que lo tenemos todo y que sólo basta despertar del letargo y encontramos con la panacea de todos nuestros males; pero hemos olvidado que es precisamente la educación y el conocimiento generado, lo que no hemos identificado como lámpara de Aladino, y seguimos enfrascados en la "discusión bizantina del huevo y la gallina", creyendo que la riqueza está en las fábricas o en los emporios financieros y lo que es peor aún, en la efímera ilusión del dinero; sin decidimos a enfrentar de una vez por todas el desafío de invertir en nuestra gente y construir con ella, nuestra propia fortuna.

Hacia una revolución mental.

En la actual coyuntura, Colombia urge la construcción de un propósito nacional compartido: la erradicación de la pobreza mental, la exaltación infinita de nuestra cultura y el merecido desarrollo de nuestras potencialidades intelectuales; orientadas a generar paz y progreso para nuestra gente, como único camino hacia el surgimiento de una nueva nación.

Al analizar el tema de las necesidades nacionales, varias veces tratado desde la investigación (Machado; 1994) debemos examinar el papel de la universidad, especialmente porque, de alguna manera, la historia justi-



fica la existencia misma de la universidad a través de su misión de generación y regeneración de conocimiento. La universidad, en todos los países del mundo, ha estado enfocada o ha dirigido sus esfuerzos, a producir conocimiento puro (ciencia), a construir aplicaciones teóricas específicas de ese conocimiento (tecnología) y ha desarrollado metodologías para la aplicación de esa tecnología (técnica). En la medida en que la ciencia, la tecnología y la técnica se han conjugado, han podido generarse mecanismos teóricos, que han permitido igualmente las aplicaciones prácticas del conocimiento en beneficio de la Nación, lo que naturalmente ha generado el desarrollo económico y social de los pueblos.

En Colombia hemos omitido los pasos iniciales, es decir, la producción del conocimiento a través de la investigación, nos hemos aproximado de una manera muy tímida a la construcción de la tecnología, no hemos avanzado significativamente en este campo, principalmente porque si no generamos el conocimiento es realmente difícil producir la tecnología; hemos preferido en cambio comprarla, adquirirla en los mercados internacionales del conocimiento, traerla a nuestra tierra y posteriormente desarrollar de alguna manera la forma de adaptar esa tecnología al medio colombiano.

Si alguna característica tienen los países del Tercer Mundo, esa es la de la baja productividad intelectual y los altos niveles de dependencia económica y social. La dependencia se explica

ciertamente en el esquema mismo de producción de conocimiento, es decir, un país que no produce conocimiento, que no investiga; no puede desarrollar ciencia, si no desarrolla ciencia naturalmente le es casi imposible producir tecnología y se ve en la penosa necesidad de adquirirla al precio que señalan los países que sí lo hacen. Ese precio, el precio de saber cómo se hacen las "cosas", es precisamente lo que ha generado un esquema de dependencia económica que genera dependencia social, y que es lo que en términos macroeconómicos conocemos como subdesarrollo. El subdesarrollo no es más que la sombra de la pobreza y de la impotencia de un estado, para generar su propio progreso y el progreso de su gente.

Cuando nos enfrentamos a la tarea *-creo yo histórica-* de renovar el conocimiento en beneficio de mejores condiciones de vida para una Nación, nos enfrentamos a la necesidad de generar primero que todo un cambio de actitud en los estudiantes, en los docentes, en los directivos universitarios y por ende, en todo el conglomerado social de la Nación.

Ese cambio de actitud tiene que ver necesariamente con dejar de pensar como país pobre; *ya se había dicho atrás*, somos un país inmensamente rico lleno de gente pobre, lo que obliga a que de una vez por todas, nos apropiemos de lo que tenemos y de lo que podemos conseguir, y nos dediquemos a la tarea de abrirle camino a la excelencia, abrirle caminos al saber, abrirle camino a lo colombiano; es un cambio

de actitud que involucra primero que todo creer en lo nuestro, creer en nuestra gente, en sus potencialidades y en todos los elementos que podemos conjugar para hacer de Colombia el país con que soñamos. Creer en lo nuestro significa, creer que lo nuestro es primero que todo y confiar en que podemos hacerlo todo, de la mejor manera.

Los Retos de Hoy

Colombia en este momento tiene dos retos fundamentales, el primero tiene que ver con la construcción de un sistema de productividad tanto intelectual como material que nos garantice la competitividad internacional, es decir el acceso en condiciones igualitarias a los mercados internacionales. Durante mucho tiempo hemos venido desarrollando una capacidad industrial de la que vivimos medianamente orgullosos en el sentido de que algunos renglones de la producción nacional han logrado cierta figuración en los mercados externos; pero en el contexto global de la economía, la industria no cumple con los estándares de calidad internacional y con mucha frecuencia nuestros productos no logran ubicarse en esos mercados precisamente porque el costo de producción en este momento en Colombia, resulta demasiado alto en comparación con los extranjeros, nuestros precios no son competitivos y no tenemos una *cultura de la calidad*.

Otro tanto ocurre con la producción agrícola y agroindustrial y el caso más grave *-creo yo-* es el mercado de la información. No nos hemos podido convencer de



que el principal factor de desarrollo del siglo XXI va a ser el manejo del conocimiento, seguimos atados a la idea de que lo que nos puede generar progreso, bienestar social y beneficios económicos es el desarrollo de la industria y la agroindustria, y hemos descuidado el renglón que tiene que ver con el manejo de la información, su generación y administración; sencillamente porque no tenemos una visión futurista del desarrollo.

El segundo gran reto, tiene que ver con la gente, con la formación de toda una generación de intelectuales, académicos e investigadores que forjen por sí, el mayor capital humano del país, pues si somos un poco fieles a la historia, podemos ver que a partir del Renacimiento italiano, se generó un estilo de capitalismo que estaba muy bien expresado en el tipo de relaciones que se establecían entre el conocimiento y el capital; en aquella época quien tenía dinero, invitaba a quien tenía el conocimiento, *-científico o artístico-* a hacer empresa. De alguna manera los Médicis, por ejemplo, con su dinero producto del mercantilismo lombardo del siglo XV, eran quienes invitaban a artistas como Rafael, Bernini, Leonardo o Miguel Ángel, a hacer empresa, al estilo florentino. Este estilo de relación entre el conocimiento y el dinero se ha mantenido durante los últimos 500 años en todos los países del mundo, y hasta muy recientes fechas, era el saber el que estaba sujeto a las reglas del capital para el desarrollo de las organizaciones.

En el siglo XXI se va a dar un nuevo capitalismo, el del cono-

cimiento. Y es que a partir de la próxima década va a ser, quien tenga el conocimiento, el que invite a quien tenga el dinero, a hacer empresa y de cierta manera se va a revertir o a invertir el esquema que se venía manejando, pues muy pronto será, quien sepa cómo se hacen las "cosas", el que escoja con quién invertir.

En Colombia no estamos preparados para ese tipo de relaciones, porque no hemos desarrollado precisamente el elemento que nos puede generar ese poderío económico en el futuro, no hemos desarrollado la educación, no hemos desarrollado la universidad como un motor del desarrollo intelectual de nuestro país, que naturalmente debe revertirse en desarrollo económico, en progreso y en mejores condiciones de vida para nuestro pueblo.

Por decirlo de alguna forma, estos retos constituyen en esencia, el sumum de los sueños y anhelos del pueblo colombiano, resumidos con magistral habilidad por el discurso constitucionalista de 1991; pero más allá de él, hay un resquebrajamiento de identidades, promovido por la amarga experiencia histórica de nuestra nacionalidad.

Bien tiene razón Habermas cuando afirma que los fundamentos de la nacionalidad y el patriotismo sólo logran arraigarse en los ciudadanos, cuando la sociedad ha hecho buena experiencia con las instituciones democráticas y siente en efecto, el ejercicio autónomo de la democracia, lo cual en Colombia, es casi una caricatura.

La Cuestión del Empleo

Una de las principales preocupaciones que hemos tenido durante mucho tiempo ha sido satisfacer las necesidades de empleo del pueblo colombiano, pues ésta ha sido la causa primaria de muchos de los problemas estructurales de nuestra sociedad. Si analizamos detenidamente el problema de empleo en Colombia tenemos que enfrentarnos a la realidad de que en los niveles inferiores y medios de las necesidades de empleo, es decir donde no se requieren mayores especialidades para desarrollar actividades laborales, hay una estrecha franja de demanda, es decir, los puestos laborales están cubiertos o hay muchas personas que pueden hacerlo, pero de cierto nivel hacia arriba, donde se necesita especiales condiciones intelectuales para desarrollar determinadas actividades muy específicas, lo que existe en realidad es una sobreoferta de empleo y no existe un personal suficientemente formado, capacitado y adiestrado, que haya desarrollado las capacidades necesarias para cubrir esas necesidades.

Ese es un problema de educación, poseer en este momento y con proyección hacia el futuro, las habilidades y capacidades intelectuales para cubrir las necesidades de la empresa, especialmente cuando tenemos que revertir el esquema de trabajo de nuestras organizaciones empresariales y sometemos a las exigencias del mercado internacional, que en este momento es el único enemigo que tenemos, pero un enemigo



tan grande y poderoso que extiende sus alas alrededor del mundo.

La Ética de la Productividad

Los problemas de la educación y el empleo están irremediablemente ligados a nuestras actitudes cotidianas, a la correspondencia deseada entre el pensamiento y la acción. Buena parte de lo que hacemos, es un fiel reflejo de la forma en que hemos sido educados y de los hábitos de estudio que hemos heredado y desarrollado a lo largo de nuestra vida; así pues, debe entenderse que la formación de una élite académica en Colombia, sólo es posible si junto con la reestructuración de la Universidad, se da una revolución cultural que ponga la educación como prioridad de vida para nuestros jóvenes, pues si ellos entienden *-y sienten-* que es la educación la mejor forma de salir adelante, el mejor negocio, entonces será más fácil construir un ambiente académico entre la juventud, que ubique la Universidad como el eje de la cotidianidad. En promedio, un estudiante colombiano pasa 176 días al año en labores académicas en la Universidad, en abierta yuxtaposición con los estándares internacionales de Estados Unidos (215 días), Unión Europea (246 días) y Japón (288 días!). Estas cifras de UNESCO dan una idea del tiempo que nuestros jóvenes están fuera del contacto con la universidad y las consecuencias que tal situación puede generar.

Buena parte de la formación profesional se adquiere al acceder a los espacios extracurriculares, cuando se exploran

nuevos caminos y formas de trabajo y cuando se emprenden tareas asociativas que involucran altos grados de compromiso e incluso sacrificio; no en vano las grandes causas nacionales, siempre han tenido como resorte, el empuje de los estudiantes y de las comunidades universitarias. Cuando se trabaja en un esquema de baja permanencia en el medio universitario, resulta en extremo difícil crear una conciencia de asocio con ese medio y luego, cuando el egresado pasa al medio laboral, se pretende que desarrolle una ética de la productividad laboral con indicadores de eficiencia en términos de ocho o diez horas diarias durante cinco días a la semana, lo cual es de hecho, una contradicción total.

Independientemente del problema del bajo cubrimiento social de la Universidad, expresado en el caso colombiano, donde sólo el 11 ó 12% de la población en edad universitaria tiene acceso a la educación superior, y donde la opción de universidad pública es cada vez más restringida, la tarea inmediata en este aspecto, es iniciar una campaña por la permanencia en la Universidad, un esfuerzo por vincularse a su desarrollo y por hacer parte de su propio devenir, generando las acciones que vuelvan a hacer del estudiante, el impulsor de las transformaciones sociales y económicas del país y un eje conductor de la vida nacional. De otra manera, la brecha que separa al estudiante de la universidad, como idea de desarrollo social, se hará cada vez más grande y será Colombia, como pueblo, quien deba pagar el costo de esta situación.

Invertir en el futuro.

La mayor y más importante decisión del gobierno, de la empresa privada y de los gremios, no tiene que ver tanto con el asunto político, ni con la situación económica; esas son cuestiones macroológicas casi accesorias. La gran decisión es hacer o no, la inversión necesaria en conocimiento y educación para preparar la gente que el país necesita, para generar en el futuro inmediato, los esquemas de convivencia política y productividad económica, que representan los grandes retos de Colombia en el próximo siglo. En torno a esta decisión sólo caben dos reflexiones:

a. Resulta más barato invertir en educación, investigación, ciencia, tecnología e infraestructura académica, que pagar el costo de no hacerlo, es decir, el costo económico y social por la violencia, la droga, el desempleo, la subversión, la dependencia y el subdesarrollo.

b. A pesar de que esto pueda interpretarse como una defensa panfletaria de la Universidad Pública, los mayores y mejores recursos del Estado y de los inversionistas, tienen que estar ubicados donde nadie más los puede proveer, es decir, donde mayores falencias hay, porque es allí, en la Universidad del pueblo, en la marginalidad social, donde nace el inconformismo y éste no es más que el engendro de la violencia, la intolerancia y el caos.

Del Debate a la Acción

El desarrollo de la investigación es la primera tarea que debe asumirse para capacitar a los estudiantes en los procesos



académicos productivos, y en lo contable, los Núcleos de Investigación Contable son la primera respuesta a esta necesidad. Esto implica que deba emprenderse la tarea de abordar lecturas especializadas y desarrollar tareas precisas que potencien el desarrollo del espíritu científico en los estudiantes, de tal manera que las clases se conviertan en un laboratorio permanente, donde el mundo de la vida y la ciencia, sean temas de constante debate y acción.

El conocimiento y manejo de las innovaciones tecnológicas informáticas, los bancos de datos, las redes electrónicas y del idioma inglés, como lengua internacional, son prioridades de inaplazable interés para el estudiante que aspire a vivir y sobrevivir en la nueva cognocracia del tercer milenio. De alguna manera, estos dos elementos van a configurar dentro de poco, parámetros de medición de un nuevo analfabetismo funcional: el de la tecnología, que puede marginarnos de las mejores oportunidades de desarrollo.

El permanente intercambio universitario de personas, experiencias y materiales, aunado al contacto académico internacional, son elementos de obligatoria inclusión de la nueva agenda de los estudiantes. La asistencia y participación productiva en congresos, simposios, seminarios y otros eventos académicos, es la mejor manera de dimensionar el grado de avance de la construcción, pues es la confrontación con pares y en otros espacios y modelos, lo que da la idea más clara del camino que se recorre, los errores que

se cometen y las metas que se persiguen.

Concebir las organizaciones estudiantiles como escuelas de formación en academia, liderazgo y gestión, es un obligado paso para integrarse al desarrollo de las alternativas de cambio social en Colombia. Los grupos estudiantiles, las federaciones y demás gremios universitarios, constituyen más que organizaciones, experimentos de la cotidianidad, que han permitido generar cambios significativos en la universidad colombiana; por ésto resulta de vital importancia, rescatar la idea del colectivo, del grupo, *el concepto de manada*; pues es de esa idea, de donde proviene todo el huracán de cambios que hoy conocemos como historia del mundo. Esta idea resulta especialmente congruente en el momento actual, en esta cultura del individualismo, donde no se construye un proyecto social sino un currículo personal; donde la falta de un imaginario social reivindicante, patrocina la mediocridad; donde reina el hombre y el colectivo espanta.

Es necesario abandonar el localismo mental y reformular el esquema de pensamiento en lo contable y para lo contable en el contexto de una universidad o una región. *¡Pensar en grande es aportar en grande!* Ya no basta hacer gestión en una universidad; la movilidad propia de la sociología de las profesiones, ha determinado la necesidad de hacer "trabajo de base" en el contexto de un hacer social y ello implica trascender espacios y ubicar ese trabajo en niveles nacional e internacional.

Finalmente, es conveniente reiterar -*porque podría olvidarse*- que ésta es una época única y maravillosa; una época en la que asistimos -*con boleto propio*- a las mayores transformaciones sociales de todos los tiempos y que no podemos seguir ausentes del gran escenario de la vida.

Es hora de que la Universidad colombiana deje de hablar *del* Mundo, para que empiece a hablar *con* el Mundo.



BIBLIOGRAFIA

- CANFUX** Verónica et. al. Tendencias Pedagógicas Contemporáneas. 1a. ed., Corporación Universitaria de Ibagué - Universidad de La Habana, 1996, Ibagué.
- DIAZ V.**, Mario. El Campo Intelectual de la Educación en Colombia. 1a. ed. Ed. Universidad del Valle, 1993. Cali.
- DURANT** Will. Historia de la Filosofía. 1a. ed. 1978, Editorial Diana, 1994, Méjico D.F.
- GALEANO R.**, Alberto. Revolución Educativa. 2a. ed., Ed. Plaza & Janés, 1988, Santa Fe de Bogotá.
- GORZ**, André. "Salir de la Sociedad Salarial" *En*: Rev. Ensayo y Error N° 3, Libardo Sarmiento A., 1997 Santa Fe de Bogotá.
- HABERMAS** Jürgen. Más allá del Estado Nacional. 1a. ed. Editorial Trotta, 1997, Madrid.
- KALMANOVITZ** Salomón. "Las Instituciones, la Ley y el Desarrollo



Económico" *En*: Rev. Ensayo y Error N° 2, Libardo Sarmiento A., 1997 Santa Fe de Bogotá

LEVY, David M. "Investigación y Desarrollo" *En*: Enciclopedia Fortune de Economía. Editorial Folio, 1996, Barcelona.

MELO Jorge Orlando et. al. Colombia Hoy. 15a. ed. Tercer Mundo editores, 1995, Santa Fe de Bogotá.

MORIN Edgar. La Política de Civilización. *En*: Rev Ensayo y Error N° 3, Libardo Sarmiento A., 1997 Santa Fe de Bogotá

NOT, Louis. Las Pedagogías del Conocimiento. 1a. ed. esp. 1983, Fondo de Cultura Económica, 1994. Méjico D.F.

PARRA S., Rodrigo. Ausencia de Futuro. La Juventud Colombiana. 3a. ed., Ed. Plaza & Janés, 1991, Santa Fe de Bogotá.

----- La Escuela Inconclusa. 1a. ed., Ed. Plaza & Janés, 1986, Santa Fe de Bogotá.

RODRIGUEZ V., Manuel Guillermo. Colombia, Intelectualidad y Modernidad. 1a. ed., Ed. Magisterio, 1995. Santa Fe de Bogotá.

SALCEDO G. José Joaquín. La Revolución de la Esperanza. 1a. ed., Publicaciones Violeta Inc. 1990, Santa Fe de Bogotá.

STIGLITZ Joseph E. "Información" *En*: Enciclopedia Fortune de Economía. Editorial Folio, 1996, Barcelona.

TAMAMES, Ramón. Introducción a la Economía Internacional. 2a. ed. Alianza Ediciones del Prado, 1994, Madrid.

Universidad de Antioquia. Memorias Congreso Nacional de Formación de Maestros FORMAR. Revista Educación y Pedagogía N° 17, Universidad de Antioquia, 1997, Medellín.

Universidad de Manizales-CINDE. Memorias I Encuentro Internacional de Pedagogías Constructivistas, Activas y de Desarrollo Humano, Universidad de Manizales, 1997 Manizales.

